

**REY  
DESNUDO**  
REVISTA DE LIBROS

## Comentario bibliográfico

**Nicolás Kwiatkowski, “Fuimos muy peores en vicios”: Barbarie propia y ajena, entre la caída de Constantinopla y la Ilustración (Buenos Aires: EUDEBA, 2020).**

**Carlos Manuel Garcia**  
Universidad de Buenos Aires  
carlosmgarcia@filo.uba.ar

Fecha de recepción: 08/12/2020  
Fecha de aprobación: 12/12/2020

*In memoriam*  
Diego Armando Maradona (1960-2020)

**E**n el mismo momento en el que se estaba redactando esta reseña, falleció Diego Armando Maradona. De más está decir que a él se lo ha considerado como el mejor jugador de la historia del fútbol mundial y como una de las figuras deportivas y mediáticas más importantes a escala planetaria.

El día posterior a su deceso, y habiéndose declarado un duelo nacional de tres jornadas, el Estado argentino organizó un masivo funeral en memoria del astro del fútbol, evento que tuvo severos problemas logísticos. En medio de la pandemia del COVID-19, con un acotado tiempo de velorio de menos de diez horas, la desorganización, los desmanes y la represión policial se

hicieron presentes sobre aquellos que fueron a dar el último adiós al ex campeón mundial en la Casa Rosada.

El lector se preguntará qué conexión existe entre esos acontecimientos y la noción de la barbarie, idea central del libro que estamos reseñando en esta ocasión. La respuesta es sorprendente y es la aplicación que la prensa argentina hizo de tal concepto para explicar lo que había ocurrido durante el multitudinario y mal logrado velatorio. Así, el diario *Infobae* calificó de “barbarie” el ingreso de los simpatizantes del fútbol que asistían al funeral al Patio de las Palmeras en el interior de la Casa de Gobierno<sup>1</sup>. Por su parte, el periodista Fernando Laborda en una nota de opinión del multimedio *La Nación* dijo que “abrir la posibilidad de que se congregara un millón de personas en plena pandemia en la Casa de Gobierno, mientras se insiste en mantener cerradas las escuelas, fue otro contrasentido y una señal de barbarie”<sup>2</sup>.

Más allá de las intenciones editoriales y políticas subyacentes a cada una de estas notas, es interesante mostrar cómo las expresiones “bárbaro” o “barbarie” se hacen presentes de manera cotidiana en una multiplicidad de discursos. Tanto es así que podemos asegurar que el concepto “barbarie” y sus múltiples derivaciones terminológicas han sido centrales en el desarrollo histórico de lo que solemos denominar como cultura occidental –y por qué no en la propia historia argentina–.

La construcción de un devenir común, la fijación de una genealogía de estadios de la cultura, como así también gran parte de las justificaciones a las empresas de expansión que han realizado los imperios y las potencias desde la temprana modernidad han abrevado, en muchos sentidos, en la utilización de esta noción.

- 
- 1 Esto puede consultarse en: “Otro video del caótico velatorio de Maradona: jugaron un violento ‘picadito’ en la Plaza sin barbijos y con golpes a la Policía”, *Infobae*, 27 de noviembre de 2020, Disponible en línea: <https://www.infobae.com/sociedad/2020/11/27/otro-video-del-caotico-velatorio-de-maradona-jugaron-un-violento-picadito-en-la-plaza-sin-barbijos-y-con-golpes-a-la-policia/> y también en Jorge Crispo, “Relatos salvajes de una sociedad enferma”, *Infobae*, 29 de noviembre de 2020, Disponible en línea: <https://www.infobae.com/opinion/2020/11/29/relatos-salvajes-de-una-sociedad-enferma/>.
  - 2 Fernando Laborda, “Crónica de un papelón anunciado”, *La Nación*, 27 de noviembre de 2020, Disponible en línea: <https://www.lanacion.com.ar/opinion/cronica-papelon-anunciado-nid2522081>. La cursiva en el cuerpo del texto es mía.

La obra que estamos reseñando, *“Fuimos muy peores en vicios”: Barbarie propia y ajena, entre la caída de Constantinopla y la Ilustración*, nos propone un abordaje histórico al concepto de “barbarie”. Como queda expresado en su título, las coordenadas temporales en las que dicho libro se enmarca son los siglos XV-XVIII, mientras que las espaciales se remiten al universo europeo y a las zonas a las que arribaron los habitantes de dicho continente. La obra está compuesta por una introducción, tres capítulos y una breve conclusión.

El autor de este trabajo es el historiador argentino Nicolás Kwiatkowski, investigador especializado en historia cultural tempranomoderna, Doctor por la Universidad de Buenos Aires, actualmente investigador del CONICET y docente en la Universidad Nacional de San Martín.

Pasemos a desglosar la obra. La introducción tiene como finalidad presentarnos el tema a tratar a lo largo del libro: el lugar que ocupa la barbarie en la cultura occidental. Actualmente, podemos adscribir el uso de la noción “bárbaro” a comportamientos que rechazamos —tal como lo hicieron los periodistas antes mencionados—, a la ignorancia respecto a ciertos conocimientos y también a la actitud de temeridad y coraje desmedido de algunos. La “barbarie” se presenta como un concepto ubicuo en la cultura y que es utilizado de manera repetitiva por agentes sociales que tienden a asociarlo con cosas negativas.

Justamente, la razón de este estudio es poder reconstruir los cambios, las alteraciones, las continuidades y las rupturas que ha manifestado el concepto de “barbarie” en dicho periodo. De ahí que se busque como finalidad “escribir una historia de las ideas y representaciones asociadas con la barbarie” (p.14).

Una obra que indague acerca de esta temática debe sortear algunos presupuestos que Kwiatkowski ha logrado marcar (y evitar) con mucha justicia. En primer lugar, debe prescindir de aquella idea propia del sentido común, que tiende a pensar a los conceptos y las representaciones como meros *status quo*, como nociones iguales a sí mismas en todo tiempo y lugar. Por otro lado, otro peligro implica el buscar rupturas, quiebres y alteraciones trascendentales que impidan al estudioso siquiera la aproximación al tema de estudio.

A nivel teórico, el autor también discute con algunos enfoques relativistas o esencialistas como los de las teorías poscoloniales y posmodernas. También rechaza de plano las concepciones

eurocéntricas binarias (y a menudo transhistóricas) que tienden a contraponer en extremos a los ejes civilización/barbarie, europeo/no europeo. Estas aproximaciones duales suelen esconder una perspectiva evolucionista lineal y unidireccional. Estas miradas de pares conceptuales opuestos y universalizantes impiden encontrar gamas y matices intermedios, como así también casos que constituyen anomalías (pp. 19-22).

Por tal razón, teniendo presente que es necesario exhibir una aproximación no desideologizada de las representaciones de la barbarie, al mismo tiempo sin ignorar que a lo largo de la historia se ha buscado justificar la violencia asociando a lo “bárbaro” con el “otro”, Kwiatkowski muestra cuáles son las influencias teóricas y metodológicas que inspiraron su libro.

En primer lugar, el autor reconoce que la obra está basada en un interés por escribir una historia comparativa. Por tal razón el libro explora geografías y temporalidades muy diversas. Los autores que influyeron en esta perspectiva fueron Max Weber, con su idea de entender desarrollos individuales para comprender las trayectorias de los procesos; Marc Bloch, quien defendía a la historia comparada como un método fructífero para la comprobación de hipótesis, para la comprensión de las singularidades de las sociedades y para formular nuevos interrogantes en futuras investigaciones; y Carlo Ginzburg, quien cree que a través del estudio histórico podemos arribar al descubrimiento de verdades del pasado y que, además, el concentrarnos en lo que no constituye la norma nos permitirá conocer tanto las anomalías como lo normado (pp. 22-23).

En segundo lugar, se observan las influencias de los aportes historiográficos que nos ofrecen las historias globales o historias conectadas. Este enfoque hace hincapié en la interacción, circulación y desplazamientos de bienes, personas, conocimientos, experiencias, ideas, producciones artísticas, entre tantas otras, sin olvidar de reconstruir conexiones entre sí, permitiéndonos entender puntos de contacto e intercambio prefijados en el pasado. Los autores que influyeron a Kwiatkowski en estas sendas fueron Serge Gruzinski, Sanjay Subrahmanyam y Patrick Boucheron (pp. 23-24).

Teniendo estos presupuestos presentes, el libro que estamos reseñando es una propuesta de estudio minucioso de las representaciones de la barbarie que los habitantes del mundo occidental comenzaron a plantearse en el largo periodo de extrema violencia e interacción global de la

temprana-modernidad. La reconstrucción que lleva a cabo el autor de estas representaciones es el subproducto del análisis de expresiones textuales y de variadas muestras visuales.

Ahora bien, a fuer de ser justos, las representaciones de la barbarie no nacieron en los fines del mundo bajomedieval y los comienzos de la primera modernidad. Fue, justamente, la Antigüedad clásica la cuna societaria en la que nació y se desarrolló esta noción. Sobre este proceso de larguísima duración versa el primer capítulo del libro.

Esa sección inaugural recorre una escala temporal que abarca el mundo griego, romano y medieval. Se estudian en estos escenarios las representaciones de la barbarie llevadas a cabo por muchos de los mayores intelectuales del periodo. Lo primero que se deja en claro es que el término “bárbaro” es una generalización helénica —que tuvo su extensión hacia el mundo romano— para referirse a todos aquellos pueblos que desconocían el idioma, los marcos morales y las costumbres del universo greco-latino. La noción significaba “extranjero” como también así “balbucir”. La escisión que creaba el concepto de barbarie se erigía como un manto de separación universal clasificatoria y valorativa.

En el universo helénico, el idioma y la cultura griega determinaban qué era bárbaro y qué no. Las propias fuentes muestran que los pensadores y filósofos del periodo empezaban a concebir a esta distinción como una fundamental marca divisoria entre un “nosotros” y los “otros”, a quienes asociaban a la incivildad y la ignorancia. Los romanos, pueblo conquistador y con una política de expansión territorial, tomaron prestada la noción griega para referirse a los foráneos. Para reconstruir cómo conceptualizaban la barbarie los griegos y latinos, el autor hace un repaso por los abordajes que realizaron figuras del calibre de Homero, Esquilo, Heródoto, Tucídides, Polibio, Tito Livio, entre tantos otros.

La llegada del mundo medieval generó un verdadero cambio en la noción de la barbarie. Lo “bárbaro” ya no se contraponía a la moral y dignidad propia del universo romano, sino que se enfrentaba a lo cristiano. De tal manera, era bárbaro todo aquel que estuviera emparentado, de alguna forma u otra, con el ateísmo, la herejía o el paganismo. La resignificación del concepto se adscribía ya a la división religiosa por sobre cualquier otro tipo de característica cultural. El correr de los siglos acentuó esta homologación entre “bárbaro” y no cristiano, logrando condensar un

contrapunto entre las éticas y civiles virtudes de los cristianos y la ferocidad, beligerancia, ignorancia y crueldad de los paganos. Pero esta concepción sufrió una profunda mutación en el siglo XV.

El segundo capítulo del libro comienza relatándonos esa transformación que sufre la representación de la barbarie: con la caída de Constantinopla en 1453 a manos de los turcos, el término “bárbaro” comenzó a emplearse para referirse específicamente a los musulmanes, principales antagonistas de la Europa cristiana. Humanistas tales como Poggio Bracciolini, Francesco Giucciardini y Erasmo de Rotterdam, entre muchos otros, contribuyeron a consolidar esta asociación entre barbarie y mahometanos. Los sabios del renacimiento adosaban a estos últimos rasgos de brutalidad, violencia, abuso y destrucción, no sin cierta mirada exotista. La denostación de los musulmanes y su asociación con el barbarismo no sólo aplicaba a las fuerzas del turco que dominaron Constantinopla. También eran aplicadas a los reinos de la Berbería, en el norte de África, y a los moros.

A partir de este punto, el capítulo da comienzo a un recorrido localizado por regiones planetarias a las que los europeos han descrito y le han asignado una categorización y nociones sobre el barbarismo o no de las mismas.

La primera región es el África subsahariana: a pesar de que el imaginario europeo temprano-moderno ha asignado a este reducto geográfico y a sus pobladores un estatus de barbarie, lo cierto es que también se pensó que muchos de los pueblos de esa región eran civiles. La reconstrucción del imaginario occidental sobre tal región se realizó recuperando las conceptualizaciones de Joao de Barros, Alessandro Valignano SJ, Thomas Herbert, entre otros.

La segunda región en cuestión es la India. La extrema división entre el norte dominado por el musulmán imperio Mogol y el sur no cristiano ni islámico, hizo que los viajeros y cronistas pusieran por escrito y representaran de distintas maneras a todo el subcontinente. Mientras que los septentrionales mogoles fueron asociados al barbarismo común que la mirada de Occidente mantenía hacia lo musulmán, la parte meridional estimuló los imaginarios de los viajeros que acudían a tal zona en pos del comercio o la evangelización.

China, en contrapartida a las regiones antes mencionadas, nunca fue vista como bárbara. Entre el siglo XVII y XVIII se volvió, incluso, un territorio que suscitaba admiración en los europeos. Responsables en gran parte de este sentimiento fueron los jesuitas, evangelizadores que viajaron directamente a tal región durante la expansión misional de la Contrarreforma. La cultura china y su compleja organización sociopolítica generaron verdadero asombro en los visitantes.

El Japón es la cuarta región analizada. La visión y representación que el Occidente temprano-moderno le propinó a la isla fue mucho menos benevolente que la que se tuvo de la China. Nuevamente, los misioneros jesuitas fueron los principales responsables de ello.

En quinto lugar, y siendo a mi entender uno de los aportes más logrados del libro, se pasa a detallar con minuciosidad y erudición las representaciones de la barbarie asignadas por los europeos a los habitantes nativos del continente americano. En este apartado, los imaginarios occidentales sobre los indios quedan expuestos de manera muy pormenorizada no sólo en el plano textual, sino también a través de los recursos visuales tales como grabados, imágenes y xilografías.

Las metáforas de la barbarie estuvieron presentes desde el momento inaugural de la conquista de América. Empezando por el mismísimo Cristóbal Colón, y continuando por otros cronistas, la imagen del salvajismo y la conducta violenta de los indios fue un verdadero *leitmotiv* para representar a los habitantes del continente americano. El desarrollo de la conquista, la necesidad de catalogar y determinar el estatus de humanidad, y la forma de evangelización de los nativos fueron, también, procesos fundamentales para que se suscitara debates acerca de la barbarie o no de los mismos.

La antropofagia, el canibalismo, las supersticiones, el trato con los demonios y las creencias de los indios estuvieron presentes en las primeras representaciones que se hacían del continente. Muy importante para que estas se impregnaran en el imaginario europeo fue la obra *Mundus Novus* (1504) de Americo Vespucio, generadora de textos y grabados sobre los americanos.

Las actividades de conquista en América por parte de los europeos también devinieron en acaloradas controversias acerca del estatus humano de los indios. Posturas que iban desde la animalización hasta la comparación con niños o la exaltación de su brutalidad no se hicieron esperar.

Tampoco aquellas, como las de Pedro Cieza de León, que consideraban a los nativos como verdaderos adoradores del demonio.

De todos los debates sobre los indios americanos, tal vez el más importante por su alcance y, sobre todo, por su aporte a la representación de la otredad americana en el imaginario del Occidente europeo, fue el que mantuvieron Juan Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de las Casas respecto del estado espiritual y moral de los indios, como así también de las formas en las que el dominio español debía ejercerse en el continente conquistado. Mientras que el primero defendía la guerra contra los indios, para vencer la barbarie y forzarlos a abrazar el cristianismo, las Casas, por su parte, se oponía a la catalogación de “bárbaro” a los habitantes del continente y proponía no aplicar la teoría aristotélica de la esclavitud natural. Con respecto a la barbarie, llevaba a cabo una operación de inversión, determinando que el comportamiento feroz y salvaje no era del indio sino de los conquistadores y encomenderos que explotaban y expoliaban a los nativos. De hecho, el obispo de Chiapas expresaba que los españoles y europeos habían sido peores en vicios que los mismísimos indios a quienes se buscaba conquistar y convertir. La guerra y la esclavitud no eran el camino para que estos abrazaran la fe católica, sino más bien la evangelización acompañada de un trato humanitario.

Las discusiones sobre el ateísmo, las supersticiones y las creencias de los indios también fueron fundamentales para construir una representación de la barbarie americana. Mientras que Colón y Vespucio habían sido subsidiarios de aquella idea que pregonaba que los americanos no tenían religión, Jean de Léry, Juan Luis Vives, Justo Lipsio, entre otros, se diferenciaron de esta opinión y determinaron que los nativos contaban con algún tipo de religiosidad.

Otro tópico fundamental para las representaciones de la barbarie americana fue el de las monstruosidades y los habitantes monstruosos del inexplorado continente. En pocos espacios se ha logrado ver las proyecciones europeas con tanta fuerza hacia lo desconocido. Esto se puede observar claramente en la influencia que los relatos de viaje de John Mandeville tuvieron sobre Colón o las descripciones de Walter Raleigh sobre hombres monstruosos en las islas americanas. Dentro de las monstruosidades que maravillaban a los europeos, nuevamente encontramos el tópico de la antropofagia americana. Esto se puede observar en numerosas representaciones alegó-



ricas y grabados, en los cuales se utilizan recursos visuales para describir las terribles, y supuestas, prácticas de canibalismo ensayadas por los indígenas.

Las imágenes fueron unas de las representaciones por excelencia del mundo americano y para su confección las descripciones lascasianas fueron fundamentales. Pero estas exposiciones no hubieran tenido la repercusión que tuvieron de no haber mediado el talento artístico de Theodor de Bry, quien se encargó de confeccionar los grabados de la *Brevísima* (1553) de las Casas. En dicha obra, la barbarie se encuentra del lado de los conquistadores y europeos, quienes con inhumana brutalidad sometieron a los indios a regímenes de trabajos compulsivos y esclavistas. Las representaciones de la crueldad están sobredimensionadas en los grabados confeccionados por de Bry, siendo los documentos visuales definitivos de la condena lascasiana a la conquista y a la colonización española. Por otro lado, también fueron importantes las ediciones de los *Grands et Petits Voyages* (1590), un proyecto de historia ilustrada que describe las navegaciones europeas por las “Indias Occidentales” (*Grands*) y por las “Indias Orientales” (*Petits*). Dentro de esta gran colección, hay ilustraciones del Nuevo Mundo, de sus habitantes, de su flora y fauna, y de sus costumbres. De tal manera, la América de los europeos del siglo XVII y XVIII fue la de los grabados de Theodor de Bry.

Otro de los ejercicios de representación del continente americano fue vincular a los nativos con antepasados europeos. También existió un interés por comprender la realidad de los indios y entender su cultura, volición que quedó a medio camino entre las concepciones que los europeos arrastraban y la novedosa realidad que encontraban los viajeros y cronistas en tierras de conquista. De tal forma, la inconmensurabilidad entre lo conocido y lo visto por primera vez se tradujeron en un verdadero intercambio de ida y vuelta para las representaciones y las construcciones de interpretaciones. Esta correlación es visible en la confección de textos transculturales que relataban la interacción de experiencias, personas, saberes y costumbres entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Sirva como ejemplo de ello la escritura del *Códice Florentino* (circa 1578), uno de los ejemplos más acabados de estas intersecciones, o las representaciones de los bárbaros antepasados europeos que artistas y escritores renacentistas realizaron y el puente que tendieron entre ellas y los nativos americanos. La necesidad de ubicar en tiempo y espacio a los indios, de dotar a su existencia de una genealogía, de comprender su cultura y de encontrar puntos en común con la pro-

pia realidad europea, fueron algunos de los factores fundamentales que habilitaron y dieron forma a estos tipos de representación. Para reconstruir este proceso de amplio espectro sobre la barbarie en América, Kwiatkowski no sólo se valió de un sinnúmero de referencias a fuentes textuales sino que trabajó una gran cantidad de fuentes iconográficas (más de treinta para el caso particular del Nuevo Mundo).

El último capítulo del libro está centrado en la representación de la barbarie que formalizó la Ilustración. En este periodo, los ilustrados toman el concepto y lo relacionan, de manera directa, con el conocimiento y la comprensión del desarrollo de la historia humana. Las aproximaciones a la noción de la barbarie son múltiples, pero si se tuviera que ubicar un común denominador a todas ellas, este sería la instrumentación de una estructura temporal novedosa de unificación del pasado y del sentimiento de progreso de cara al futuro. De esa forma, en el proyecto ilustrado conviven en un mismo espacio —y no sin contradicciones— el intento por comprender a los otros, compararlos con el mundo Occidental y, al mismo tiempo, justificar (o, por lo menos, entender los términos) de la empresa colonial, todo ello impregnado de un abundante etnocentrismo.

El interés de Las Luces por otros pueblos distantes en tiempo y espacio se vio reflejado en la elaboración de teorías sobre la evolución de las sociedades humanas. Una de estas elucubraciones fue la teoría estadal, la cual determinaba una construcción lineal, jerarquizada y ascendente para la comprensión del desarrollo histórico, estructurada en las formas y maneras en las que las sociedades del pasado y el presente lograban obtener sus recursos y asegurar su existencia. Los extremos de esta concepción iban desde la primigenia caza y recolección al innovador y moderno comercio, haciendo en ese desarrollo gradual una distinción novedosa entre el “salvaje” (sujeto que no había logrado la domesticación de animales, que no se dedicaba a la agricultura, y que vivía en sociedades sin jefatura) y el “bárbaro” (aquel sujeto que vive en sociedades más complejas, que reconoce la propiedad privada y la agricultura/pastoreo, pero que se dedica al pillaje y el saqueo). Lo que une a ambos estadios es que ninguno de sus miembros trabaja la tierra y, según las descripciones de los ilustrados franceses, tienen un pobre desarrollo de las ciencias y las artes.

La teoría ilustrada con respecto a la barbarie es la de las cuatro etapas de la historia humana. La misma partía de la idea de que las sociedades, a lo largo de su historia, transitan de manera

esquemática por cuatro estadios rígidos hasta llegar a la realidad propia del mundo occidental del siglo XVIII.

Pero no toda elucubración del pasado era un justificativo de la sociedad antiguorregimental: las ideas del “buen salvaje” alejado en tiempo y espacio del mundo europeo, ese hombre o conjunto de hombres que se encontraban en una relación más cercana con la naturaleza y que vivían en sociedades menos complejas y jerarquizadas, escondía una crítica al mundo dieciochesco. Tal teoría estaba en convivencia con el contrapuesto ideal del “*doux commerce*” que pregonaba que, aunque simples e incluso buenos, los hombres de sociedades lejanas se volverían más amables, pacíficos, y “dulces” si avanzaban a un estado de intercambio comercial con otros pueblos.

A lo largo del siglo XVIII emergieron dos visiones más respecto a la barbarie: aquella cimentada en la historia natural y, por otro lado, la del anti-imperialismo. Comencemos por la primera de ellas. Muchos viajeros, filósofos y pensadores adosaban a los bárbaros americanos, y de otras partes del mundo, un estado de debilidad, deficiencia e inferioridad con respecto al europeo. Esto era aplicado, en especial, a los indios.

Por otro lado, estaba la mirada del anti-imperialismo. Tal noción o voluntad se puede ver en especial en Guillaume Thomas Raynal y Denis Diderot, específicamente, en la *Histoire des deux Indes* (1780). En esta obra extensísima, se puede observar un interés por describir sociedades de todo el mundo, las relaciones que estas tuvieron con los imperios ultramarinos y las complejidades que cada cultura encierra. La intención de la obra no es proponer a Occidente como modelo, sino relatar y denunciar las crueldades, injusticias y los males perpetrados por los europeos y su planetario imperialismo. Ello no sólo queda claro por el contenido de la amplia obra, sino que también es notorio por los grabados que tienen sus frontispicios, verdaderos recursos iconográficos que dan muestras de una profunda crítica al sistema expansionista y colonial europeo. En el minucioso análisis de estas imágenes desarrollado por Kwiatkowski radica, a mi entender, el segundo gran aporte del libro. Luego de este excursus, el capítulo cierra con la crítica que Johann Gottfried Herder hace a las etnocéntricas ideas ilustradas y a las teorías raciales que estaban comenzando a surgir en su época.

Por último, la conclusión del libro es compacta y acotada. Los bárbaros, desde la génesis del término, son los otros. Lo variable son las coordenadas temporales y espaciales, como también así la valoración que se realizan sobre las mismas. Claro está, la forma en la que se ha empleado esta noción a lo largo de la historia ha ido cambiando, mutando y sufriendo readaptaciones. Pero lo que sí queda claro es que el término “bárbaro” ha sido uno de los vocablos fundamentales para referir y nominar a la alteridad.

Para cerrar esta reseña, remarquemos algunos puntos importantes de la obra. En primer lugar, se puede pensar a *“Fuimos muy peores en vicios”* como un verdadero aporte historiográfico que reconstruye las dimensiones discursivas y las representaciones del término “bárbaro” en la temprana-modernidad. Por tal razón, nos parece justo ubicar a esta investigación en un camino intermedio entre la historia cultural y la historia intelectual. Este hibridismo es un verdadero aporte al tema, porque los usos del concepto y sus representaciones son construidos en cuidados marcos histórico-culturales, apelando siempre a numerosos registros en fuentes documentadas.

En segundo lugar, considero destacable que la historicidad del enfoque de análisis se sostiene en toda la obra. Articulada con diversos abordajes que van desde la antropología a la lingüística y a los estudios literarios, este libro nos permite reconstruir las variaciones y cambios en el concepto de “barbarie” a través del estudio de fuentes históricas.

En relación a lo antes mencionado, encontramos el tercer logro de este libro: invita a los historiadores a prestar atención a los registros y representaciones iconográficas. Alrededor de toda la obra se trabajan más de sesenta imágenes, grabados, esculturas, tapices, frontispicios, pinturas, xilografías, mapas y demás recursos visuales que nos permitieron rastrear las variaciones y cambios de las representaciones de la barbarie entre la caída de Constantinopla y la Ilustración.